

## ROMANCERO DE LA VÍA DOLOROSA

Fr' Asinello (el hermano burrito)  
seudónimo del sacerdote, poeta  
y escritor  
don Benjamín Sánchez Espinoza

### 1ª Estación.

JESÚS ES CONDENADO A  
MUERTE

Y no respondió a ninguna  
acusación.  
(Mt. 27,14)

Te condenaron a muerte  
tu silencio y mi silencio.

Las gargantas en tumulto  
ante el Pretor somnoliento,  
lapidaron con sus gritos  
el mármol de tu silencio.

Tu mutismo era una estatua  
de blanca y de misterio...

“¡Habla, Jesús, que te matan!  
Arrojada en tu silencio  
la muerte viene volando  
entre graznidos de cuervos.

¡Habla, Señor, tu palabra,  
como un huracán de fuego,  
salga de tu boca  
y queme lo falso de los denuestos!

¿Por qué te quedas callado  
si eres el Divino Verbo...?”

La boca de Dios  
quedó baldía como el desierto.

Lo condenaron a muerte  
su silencio y mi silencio.

Escupieron las gargantas  
alaridos a mi miedo.

Al oleaje de gritos  
debí levantar mi pecho  
-dique de amor y diamante-  
contra el torrente protervo.

Pero fui arena medrosa  
que no supo defenderlo.

Debí gritarles:  
“¡Judíos, yo soy,  
yo soy el perverso;  
a mí la hiel, las espinas,  
a mí la cruz y el flagelo!”,  
pero se anudó a mi voz  
la vil serpiente del miedo.

¡Pastores, por cobardía  
me mataron mi Cordero:  
fue más fuerte que mi amor  
el ladrido de los perros...!

Lo condenaron a muerte  
su silencio y mi silencio  
: uno, silencio de amor;  
otro, silencio de miedo.

### 2ª Estación.

JESÚS SE ABRAZA CON LA CRUZ

Levántate, Amiga mía, hermosa  
mía, y ven.  
(Cant. 2,13)

Acércate, Bienamada,  
la de los brazos abiertos.

A ti corro enamorado  
con un ciclón de deseos.

Tengo sed de tu regazo  
para morir en silencio.

Amada, la presentida  
desde los montes eternos,  
la elegida por el Padre  
para el Varón Unigénito,  
eres morena de sol  
y tienes olor a cedro;

yo pondré sobre tus hombros  
el lino en flor de mi cuerpo  
y un rojo manto prendido  
con cinco rosas de fuego:

¡divino traje de bodas  
en el abrazo supremo!  
Ven a mis brazos, Amada,  
la de los brazos abiertos.

Bajo la noche del odio  
iremos por el sendero  
relampagueante de gritos  
y enraizado de tropiezos:

¡que el amor siempre camina  
por sendas de sufrimiento!

Cuando estemos en la cumbre  
unidos los dos y quietos,  
en holocausto humeante,

transverberados de fuego,  
una nueva epifanía  
alumbrará tierra y cielo.

Serás llamada Señora  
y Madre de muchos pueblos.

Vendrán a ti con sus dones  
los reyes del mundo entero.

Con tus brazos extendidos  
serás rosa de los vientos  
que conduzca caminantes  
a mi Corazón abierto.

Los que a Mí quieran venir  
tendrán que amarte primero...

Salgamos ya, Bienamada,  
la de los brazos abiertos.

### 3ª Estación.

BAJO EL PESO DE LA CRUZ JESÚS  
CAE  
Y DA CON SU BOCA EN TIERRA

Béseme con el beso de su boca.  
(Cant. 1,1)

¡Decidme quién me besó  
con unos labios de fuego...!  
Muchas veces he sentido  
el ósculo del invierno.

Sus labios -copos de nieve-  
al caer blancos y lentos  
me visten con la pureza  
de los glaciares eternos:

son un bautismo de gracia  
que me renueva por dentro.

Al llegar la primavera  
florida por los oteros,  
la fecundidad despierta  
en mis ateridos senos.

Con sus rojas amapolas  
¡cómo me cubre de besos  
y cascabeles de espigas  
y música de jilgueros!

Pero nunca conocí  
un beso como este beso:  
¡si me ha dejado más blanca  
que los altos ventisqueros  
y me ha vuelto más fecunda  
que los jardines del cielo!

Decidme quién me besó  
con unos labios de fuego.  
¡Qué dulce, cuando el estío  
con sus labios de aguacero  
deja el cauce de mis trenzas  
constelado con sus besos,  
y mis arenas febriles  
ungidas de refrigerio!

¡Qué triste el beso de otoño,  
cuando, al impulso del viento,  
besa con sus hojas secas  
la planta de mis senderos  
y me deja en la garganta  
sabor a muerte y a duelo!

Pero nunca conocí un beso  
como este beso:  
tan lleno de suavidades,  
de tristeza y de misterio...

Eternos labios heridos,  
divinos labios de fuego

que, quemando, purifican  
y sirven de refrigerio;

labios de Cristo,  
caído en el camino tremendo,  
¿a la Tierra, vuestra esclava,  
así la tratáis, a besos...?

¡OH labios, yo no soy digna,  
pero... besadme de nuevo!

#### **4ª Estación**

JESÚS SE ENCUENTRA CON SU  
MADRE

¿A dónde se te fue el amado, oh  
tú, la más hermosa de las  
mujeres?  
(Cant. 5,17)

Cristo, Niño mío,  
¿para dónde vas?  
María, Mar de lágrimas,  
¿quién te lo dirá?

Piececitos como lirios  
que en mi regazo crecieron,  
¿por qué lleváis a mi Niño  
por tan ingratos senderos:

alfombras: charcos de sangre,  
sandalias: llagas de fuego?  
Manecitas de jazmines  
que en diciembre florecieron,

¿por qué os alejáis crispadas  
sobre ese oscuro madero  
y ni podéis despediros de mí,  
perfumando al viento?

Cristo, Niño mío,  
¿para dónde vas?  
María, Mar de lágrimas,  
¿quién te lo dirá?

¡Oh cabeza de mi Niño  
que durmió sobre mi pecho,  
negras espinas te ciñen,  
ya no dulcísimos besos;

dolor y llanto te arrullan,  
ya no cantares maternos!  
¡Oh puñadito de mirra  
que perfumaste mi seno!

¿Por qué vas con esos hombres  
y a mí me dejas gimiendo?  
Yo, por Tí, diera mi vida, ellos...  
¡dan treinta dineros!

Cristo, Niño mío;  
¿para dónde vas?  
Pobre María, Mar de lágrimas,  
no te canses de llorar.

#### **5ª Estación.**

EL CIRINEO AYUDA A JESÚS A  
LLEVAR LA CRUZ

Mi Amado para mí, y yo para Él.  
(Cant. 2,16)

Yo seré tu cirineo,  
Tú, Jesús, serás el mío,  
Eres de mi mismo barro,  
Dios sudoroso y herido,  
te faltan muchas caídas  
para llegar al patíbulo.

Tu vida puede quebrarse

a la mitad del camino,  
y si mueres a deshora  
nos dejas sin crucifijo,  
sin testamento, sin Madre,  
sin el Refugio Divino de tu  
Corazón,  
abierto por la lanza de Longinos...

Tienes que llegar al ara muerto de  
dolor.,  
y vivo; si te abrumba mucho  
el peso de tu amor y mis delitos,  
yo seré tu cirineo...

¡Vayamos al Sacrificio!  
Y después, cuando en la vida  
se cambien nuestros destinos,  
cuando Tú, resucitado todo  
balsámico  
y limpio me esperes en los  
trigales viviente  
pero escondido, y yo cruce ante  
tus ojos  
hecho temblor y martirio,  
llevando mi cruz a cuestras,  
de dolor desmorecido,  
Tú serás el cirineo  
que me lleve al Sacrificio.

Eres, como yo, de barro;  
hazme, como Tú, de trigo;  
expírmeme sobre el monte  
como maduro racimo;  
y los dos, compenetrados,  
hechos de harina y de vino,  
en la cumbre amanecida  
seremos un Sacrificio.

#### **6ª Estación.**

LA VERÓNICA ENJUGA EL  
ROSTRO DE JESUS

Como una marca de fuego sobre  
el corazón.  
(Cant. 8,6)

Así quiero que me pintes  
sobre mi pecho tu rostro.

En el pesebre, de niño,  
eras estrellita de oro;  
de joven, entre los lirios,  
el más fragante de todos;

bajo los soles maduros  
pareciste el más hermoso;  
mas hoy, cuando todos dicen  
que no tienes ni decoro,  
es cuando me gustas más:  
eres ¡el Divino Rostro!

Así quiero que te pintes  
en mis entrañas muy hondo,  
con pinceladas de sangre,  
de salivas y de polvo;  
morado de bofetadas,  
palidecido de oprobios.

Me enamoras como nunca  
porque en tu cara conozco  
todo el amor que me tienes  
encendido y doloroso.

Mi corazón es el lienzo  
para que pintes tu rostro.  
En Tí quiero retratarme  
como un espejo en el otro.

¡Que no me falten espinas  
ni lágrimas en los ojos,  
ni sudor, ni bofetadas,  
ni manchas de sangre y lodo!

Con tal que a Tí me parezca,  
sufrir me parece poco.

### **7ª Estación.**

JESÚS CAE POR SEGUNDA VEZ

Hasta los perrillos comen las  
migajas que caen de la mesa.  
(Mt. 15,27)

¿Quién tiró el Pan de los hijos  
para dárselo a los perros?

Viviente Copo de harina  
caído sobre el sendero,  
Pedazo de pan cocido  
en hornos de sufrimiento,

Migajita resbalada  
desde el regazo paterno,

¿para caer en el polvo  
descendiste de los cielos?

Escándalo de los hijos,  
Ludibrio de todo el pueblo,  
¿así quieres que te coman  
los ricos, los opulentos?

Eres tan poquita cosa,  
estás tan sucio y tan feo  
que ni el hijo más humilde  
ni el mendigo más hambriento  
se dignarían inclinarse  
por recogerte del suelo.

¿Quién tiró el Pan de los hijos  
para dárselo a los perros?

Yo bendigo tu caída

que me infunde atrevimiento.

Con lágrimas y temblores  
de ternura a Tí me acerco.

Yo soy el pobre perrillo  
punzado de hambre y de miedo.

Si no te hubieras caído,  
como lluvia, en mi desierto,  
lleno de angustia y miseria  
yo moriría sin remedio.

¡Estabas, oh Dios, tan alto  
y yo tan vil y pequeño!  
Bajo tu disfraz de polvo  
escondido,  
te presiento tan lleno de  
resplandores  
como en la gloria del cielo.

Si los hombres no te quieren,  
ven, y descansa en mi pecho.

Migaja de pan,  
caído para el hambre de los  
perros:  
¡el amor que me tuviste  
te puso en tales extremos!

### **8ª Estación.**

JESÚS CONSUELA A LAS  
PIADOSAS MUJERES

No lloréis por mí, llorad sobre  
vosotras.  
(Lc. 23,28)

No quiero llorar por Tí:  
quiero llorar mis pecados.

Las almas vienen siguiendo  
la púrpura de tus pasos;  
todas quieren consolarte  
¡y todos vienen llorando!,

yo, Señor, aunque te miro  
todo del Amor llagado,  
no quiero llorar por Tí,  
oh divino Enamorado.

Yo sé que por fuera sufres,  
mas, por dentro, estás gozando,  
porque el Amor, cuando hiere,  
es como aroma de bálsamo  
que mientras más nos traspasa  
es más suave y delicado.

Las heridas de amor saben  
a miel y huelen a nardo.

¿Por qué entonces, sin quererlo,  
van mis lágrimas brotando?

¡Señor, no llores por Tí:  
que llores por mis pecados!

No llores de verte herido,  
lloro de haberte olvidado.  
Déjame llorar, Señor,  
para siempre, sin descanso.

Déjame llorar, Señor,  
-lluvia de pétalos blancos-  
de mis ojos doloridos  
caigan las gotas de llanto,  
y laven con su blancura  
lo negro de mis pecados.

Tu amor y yo, frente a frente,  
a solas, los dos estamos;  
y mis dos ojos te dicen

lo que no puede mi labio.

Mira quebrado a tus pies  
mi corazón de alabastro,

¡tan duro para quererte,  
para olvidarte, tan blando!  
mira cómo, de la herida mana  
el olor de mis nardos...

Tu amor y yo, frente a frente,  
a solas, los dos estamos.

Los dos, con el alma rota;  
los dos, transidos de bálsamo.

¡Y tus dos ojos me dicen:  
"Mucho se te ha perdonado"!

**9ª Estación.**  
JESÚS CAE POR TERCERA VEZ

Levántate y anda.  
(Mt. 9,5)

Triplicaste tu caída  
entre sollozos y lágrimas.

La magnolia de tu veste yace en  
tierra,  
deshojada y el caudal de tus  
cabellos  
hontanar de limpias aguas  
sobre las piedras desnudas  
dormido se desparrama...

¡Qué desfallecer del cuerpo,  
qué desaliento en el alma!  
¡Cuánta sed de abandonarse  
y no proseguir la marcha,  
suspender eternamente

el ritmo de las pisadas!

¿Por qué un grito se me sube  
tembloroso a la garganta  
un grito para gritarte:  
"Jesús, levántate y anda"?

Porque otras muchas caídas  
tus tres caídas retratan:  
el azoro de los niños  
caídos de madrugada;

el derrumbe de los jóvenes  
desde las cumbres nevadas;  
las caídas de los viejos  
tan negras y tan amargas...

Porque mil negras pupilas  
ansiosas en Tí se clavan  
por ver si quedas caído  
o mirar sí te levantas  
por eso mi voz te grita:  
"Jesús, levántate y anda.

Levántate aunque el cansancio  
se desploma en tus entrañas  
Levántate, aunque el suplicio  
con vivas lumbres te aguarda.

Levántate, que la meta  
se mira ya muy cercana"

Enséñales a los hombres  
esa ciencia necesaria  
de resurgir varoniles  
cuando en el camino caigan.

Si Tú te quedas caído  
derrumbas nuestra esperanza.

Somos flores de los campos

que hasta un soplo desarraiga,  
y ¡es tan fácil que en la vida  
se quede caída el alma,  
cuando ha sentido el abrazo  
cenagoso de las charcas  
que ofrecen lotos de oro  
y víboras anidadas!

¡Y es tan duro levantarse  
para proseguir la marcha  
cuando en las venas hay frío  
y anochece en las entrañas...!

Jesús, por los pecadores  
mi voz te grita angustiada,  
por nosotros pecadores,  
Jesús, ¡levántate y anda!

**10ª Estación.**  
JESÚS ES DESNUDADO Y  
ABREVADO CON HIEL Y VINAGRE

Revestías de Cristo  
(Rom. 18,14)

Así, desnudo, Dios mío,  
¡qué pena me da mirarte,  
escultura de vergüenza  
cincelado en nieve y sangre!

Tienes todo el desamparo  
de nuestros Primeros Padres,  
al esconderse llorosos  
y desnudos tras los árboles  
con el sabor del pecado  
amargándoles las fauces.

También hay entre tus labios  
sabor a hiel y vinagre:  
amargura de pecados que,  
sin beberla, probaste.

Las saetas de los ojos  
y de las risas procaces  
sobre tu cuerpo desnudo  
volando van a clavarse.

¡Oh si pudieras correr,  
como un niño, hasta tu Madre,  
y esconderte entre sus brazos,  
y en su regazo anidarte!

¿En dónde estarán ahora  
aquellos limpios pañales  
de la luminosa noche;  
dónde los lirios del valle  
que tejen túnicas blancas  
sin ruelas y sin telares;

dónde están los corderitos  
vestidos de lana suave  
que te ven a Tí desnudo  
y no corren a abrigarte?

Pero, bien visto,  
¿qué importa Si los soldados  
reparten entre sí tus vestiduras  
llenas de sudor y sangre?

Tienes oh Dios,  
una túnica que nadie podrá  
arrancarte:  
la túnica de tu cuerpo  
que te tejiera tu Madre  
en el telar de su seno  
con el lino de su carne.

¡De esa veste,  
ni la muerte podrá jamás  
despojarte!

Mira, Señor,

a mi alma también desnuda y  
sangrante:  
se jugaron a los dados  
entre el Demonio y la Carne  
mi túnica de la gracia  
en frenético aquellarre,

mientras el Mundo miraba  
mi angustia sin inmutarse...  
¡No me dejaron ni el manto  
para cubrir mis maldades!

y, ante los ojos del mundo,  
tan crueles y tan cobardes,  
ser pecador descubierto  
es ser dos veces culpable.

¡Cómo duelen las miradas  
que en mí vienen a clavarse!  
¡Qué amargas son estas culpas  
de ceniza y de vinagre!

¿Y cómo entraré desnudo  
a tus festines nupciales?

Si viene el Rey y me mira  
me arrojarán a la calle...

Cuando tú subas glorioso,  
por los caminos del aire,  
revísteme con tu veste de fuego  
santificante;  
revísteme con la túnica inconsútil  
de tu sangre.

Y así, vestido de Cristo,  
ceñido de claridades,  
mientras los ángeles cantan  
el cantar de los cantares,  
iré a hundirme en el regazo  
oceánico de tu Padre.

### **11ª Estación.**

#### **JESÚS ES CLAVADO EN LA CRUZ**

Y golpearás la Roca, y brotará de  
Ella el agua para que beba el  
pueblo.  
(Exod. 17,6)

Eres la Roca de la luz  
con entrañas de agua nueva;  
nosotros somos el barro  
amasado con tinieblas.

Hay en tus claros abismos  
veneros de vida eterna;  
nosotros tenemos sed  
en nuestras áridas venas.

Nuestra sed es infinita,  
nuestra sequedad, tremenda;  
el ardor de los desiertos  
en nuestras almas llamea.

Espejismos de locura,  
en la mente reverberan  
y sube un grito de fuego  
desde las entrañas secas.

En los íntimos jardines  
se requemó la azucena,  
y la rosa enamorada,  
de sed, ha quedado muerta.

El oro dulce del trigo  
vuela al aire hecho pavesas  
y las viñas bajo un cielo  
de lumbre crujen sedientas...

Así, sin vino, sin rosas,  
sin pan y sin azucenas,

y con este fuego oscuro  
que se arrastra por las venas,

¿qué vida puede vivirse?  
¿Qué muerte será más negra?...

Eres la Roca que guarda  
torrentes de vida eterna;  
nosotros somos la sed  
coagulada de la tierra.

Será preciso que el hombre,  
en un rato de demencia taladre  
sin compasión la noble Roca  
serena...

¡Si no podemos vivir,  
sí están nuestras almas secas...  
Extiende tus pies y manos en cruz  
sobre la madera y deja  
que nuestros golpes  
penetren en tus arterias.

¡Ya sale huyendo tu sangre  
a los cauces de la tierra,  
en divina transfusión  
de tus venas a sus venas!

¡Ya se apagan nuestros fuegos  
en estas aguas eternas,  
ya vuelve a lanzar la vida  
su canción en las arterias!

Cuando en tus miembros  
exangües  
caiga la noche suprema,  
un amanecer de lirios  
alumbrará las praderas.

Y nacerás repetido en las castas  
azucenas,

y estarás en cada rosa,  
cuando las rosas florezcan,  
y cuando el dulce racimo  
su jugo en el cáliz vierta,

allí beberán los hombres  
sorbos de tu sangre nueva;  
y cuando el trigo maduro  
se triture entre las piedras,

en cada pan hallaremos  
el sabor de tu presencia.

Porque tu sangre ha corrido  
por nuestros cauces de tierra;  
se eterniza entre los hombres  
tu invisible permanencia: ¡  
nosotros en Tí vivimos,  
Tú vives en nuestras venas!

### **12ª Estación.**

#### **JESÚS MUERE EN LA CRUZ**

Me levantaré e iré a mi Padre  
(Lc. 15,18)

Vuelve ya a tu casa,  
Pródigo el de las manos vacías.

¿A dónde vino a parar  
toda tu gloria: divina,  
oh mi Dios, encarcelado  
en una cárcel de arcilla?

Tú que colmas los abismos  
con tu presencia infinita  
cabes entre cuatro clavos  
y una corona de espinas.

Dejaste el seno del Padre  
por el seno de María;

del cielo huiste trayendo  
toda tu herencia divina:

la diste a los pecadores  
y a las mujeres perdidas.

El mosto de las granadas,  
coronó tus sienes limpias  
con su locura de fuego  
bajo la huerta sombría

y así saliste, embriagado,  
por la clara mañanita,  
a derrochar tus tesoros  
con amor y sin medida.  
Tus manos fueron sembrando  
su lluvia de rosas finas  
en el surco azul del aire  
sobre las tierras baldías...

Ya estás ahí, manirroto,  
en cruz sobre la colina;  
¿qué te queda ya por dar de  
tus riquezas divinas?

Por tener las manos rotas  
se te quedaron vacías.

Junto a tu Padre,  
en la luz inaccesible vivías;  
hoy estás entre tinieblas  
como una estrella caída.

En tu palacio,  
un enjambre de arcángeles te  
servía;  
hoy estás entre mujeres  
que lloran y hombres que gritan.

Antes eras el Ungido  
con bálsamo de alegría;

hoy navegas en un mar  
de tristeza sin orillas.

Dijiste que entre los hombres  
vivir era una delicia;  
y no hay dolor comparable  
a tu tremenda agonía...

¡Pródigo de manos rotas ...  
y eres la Sabiduría!

Oh Cisne de Dios  
que cantas a la muerte  
presentida:  
ya van tus siete palabras  
cantando en la lejanía...

¿qué esperas para que salga,  
de tu corazón, la vida?  
¡Vuelve ya a tu casa,  
Pródigo el de las manos heridas!

En su palacio tu Padre,  
el Gran Anciano de días,  
escrutando los senderos  
con sus eternas pupilas,

espera ya tu retorno  
por las sendas florecidas.

Las lámparas del Paráclito  
orladas de siempre vivas  
para iluminar tus pasos  
también están encendidas....

Pero, ya sé lo que esperas  
para que vuelva tu vida,  
por el túnel de la muerte,  
a las mansiones divinas:

buscas a quien regalar

tus clavos y tus heridas;  
y buscas otra cabeza  
para poner tus espinas.

¡Dámelas a mí, Señor,  
ansiosos, por recibirlas,  
esperan mis pies,  
mis manos y mis sienes  
doloridas!  
ante tu suprema dádiva  
está mi fe de rodillas.

Yo subiré sobre el monte  
al quedar tu cruz vacía,  
y dormiré mis ensueños  
sobre tu lecho de mirra.

Ahí dejaré que irrumpen  
mis cataratas dormidas,  
por completar en mi cuerpo  
tu pasión interrumpida.

Pero ya vuelve, Dios mío,  
a las mansiones divinas.  
Vuelve a encender  
en los labios de tu Padre, la  
sonrisa.

Ve a desatar las hogueras,  
del Paráclito, cautivas.  
Ve a devolver a los cielos  
su inextinguible alegría:  
¡si todo está consumado,  
si ya tienes otra víctima!

**13ª Estación.**  
JESÚS ES DESCLAVADO DE LA  
CRUZ  
Y PUESTO EN LOS BRAZOS DE SU  
MADRE

María guardaba todo esto en su  
corazón.  
(Lc. 2,19)

Mi Jesús, tiene sueño,  
por el camino se me durmió  
tres veces el pobrecillo.

Hijito, duerme, duerme,  
que en esta noche,  
no habrá quien te despierte.

De mañanita, llorando,  
por los caminos del cielo,  
salió mi niño a buscar  
su rebaño de corderos.

Todos andaban perdidos  
entre los barrancos negros....  
En un bosque de alaridos  
y brazos en alto tensos,  
entró mi Niño temblando  
de soledad y de miedo...

Las flores eran de sangre,  
las ramas eran flagelos,  
las maldiciones volaban,  
como pájaros, al viento.

¡Era tan largo el camino,  
estaba el aire tan negro,  
que mi Niño se cayó  
tres veces en el sendero;

y cuando a los ojos de agua  
se acercó a beber sediento  
le dieron a beber mirra  
aquellos crueles veneros!

Por fin se subió mi Niño  
sobre las ramas de un cedro

por ver si de las alturas  
divisaba sus corderos.

Su séptuple canto  
triste rodó por el universo.

Como un gorrioncito herido  
-todo púrpura su pecho-  
quedó dormido mi Niño  
sobre las ramas del cedro;

las nubes le acariciaban  
con devoción los cabellos..  
Dormidito lo encontraron  
en el camino del cielo,  
y dormidito, a mis brazos,  
de noche, me lo trajeron.

Tiene en sus pies dos claveles,  
y en sus manos dos luceros  
y en su Corazón un sol  
tres veces santo y abierto.

Hijito, que entre mis brazos  
yaces cansado y deshecho,  
duérmete sin ansiedades  
por tus perdidos corderos.

En esta noche de luna  
los has juntado en el cielo;  
por la inmensidad azul

vagan cándidos,  
paciendo entre rosas inmortales  
y remansos de luceros.

Innumerables y puros,  
como los copos de invierno,  
de todos los horizontes  
ascienden al firmamento

Cuando la luz te despierte  
ya sin dolor y sin sueño,  
¡oh cómo habrás de alegrarte  
por tus hallados corderos!

Hijito, que entre mis brazos yaces  
desnudo y deshecho,  
sigue durmiendo en la cuna  
de mi amor y de mis besos....

Estos besos son los últimos  
pero mi amor es eterno.

Sigue durmiendo en mis brazos,  
aunque sabes que tu sueño  
es espada de dos filos  
que me traspasa por dentro...

Duerme que, para velarte,  
está mi dolor despierto.  
Mi Jesús tiene sueño,  
por el camino se me durmió  
tres veces el pobrecillo.

Hijito duerme, duerme,  
que en la alborada vendrá  
la luz divina que te despierte.

**14ª Estación.**  
EL CUERPO DE JESÚS ES  
DEPOSITADO EN EL SEPULCRO

De ida, llorando caminaban,  
arrojando la semilla.  
(Ps 125,6)

Niña que llevas al pecho  
siete puñales clavados,  
Madre que vas a sembrar  
a Dios bajo los granados:  
ya vienen los sembradores,

con la semilla, llorando;  
ya traen el cuerpo de Cristo  
blanco sobre el lino blanco.

¡Señora, yo no quisiera  
ni mirarte, ni mirarlo!

Tú me lo entregaste niño  
como manojo de nardos;  
yo te lo devuelvo muerto  
como racimo pisado.

Trae mucha noche en las venas  
y mucha nieve en los labios.

Se le congeló la vida  
en el Corazón quebrado...

¡Señora, yo no quisiera  
ni mirarte, ni mirarlo!

Ven y deshoja  
la última flor de tu beso  
en sus labios  
y deja que lo sembremos  
en este surco de llanto.

Quien sabe si ya mañana  
cosechemos el milagro  
de que retoñen  
los dulces latidos  
en su costado!

¿Si es un augurio de espigas  
la muerte de cada grano,  
si está la resurrección  
bajo la tumba esperando,  
por qué sembrar a los muertos  
resultará tan amargo?

¡Qué diluvio de silencio

se vació sobre los campos....  
La soledad, con sus aguas,  
cubrió los montes más altos!

Niña que llevas al pecho  
siete puñales clavados:  
bajo el sepulcro,  
dejaste tu corazón, olvidado...

¿Por qué florece el silencio  
con un inaudito cántico?  
¿Y quién se pone a cantar  
cuando los hombres lloramos?

¡Señora, los muertos cantan,  
los muertos están cantando!  
Entre las sombras agitan  
el címbalo de sus manos:  
que también para los muertos  
llegó el Domingo de Ramos.

Ya va el Señor descendiendo  
por caminos subterráneos:  
de todos los cementerios  
sube un clamor a su paso  
mientras se impregna de vida la  
tierra,  
con su contacto.

Un soplo de primavera  
sacude los huesos áridos  
y retrocede la Muerte  
entre las tumbas aullando.

¿En dónde está tu victoria,  
oh Muerte de dedos pálidos?  
Ya van bajo los cipreses  
las siemprevivas brotando...

Madrecita que sembraste  
a Dios bajo los granados:

sobre el surco de tus lágrimas  
han florecido los cánticos;  
mañana, cuando el lucero del alba  
bese tus párpados,  
la tierra dará su fruto inmortal y  
perfumado...

Entonces, cierra tus ojos;  
entonces, abre tus labios  
para que bebas el vino  
del Hijo resucitado.